



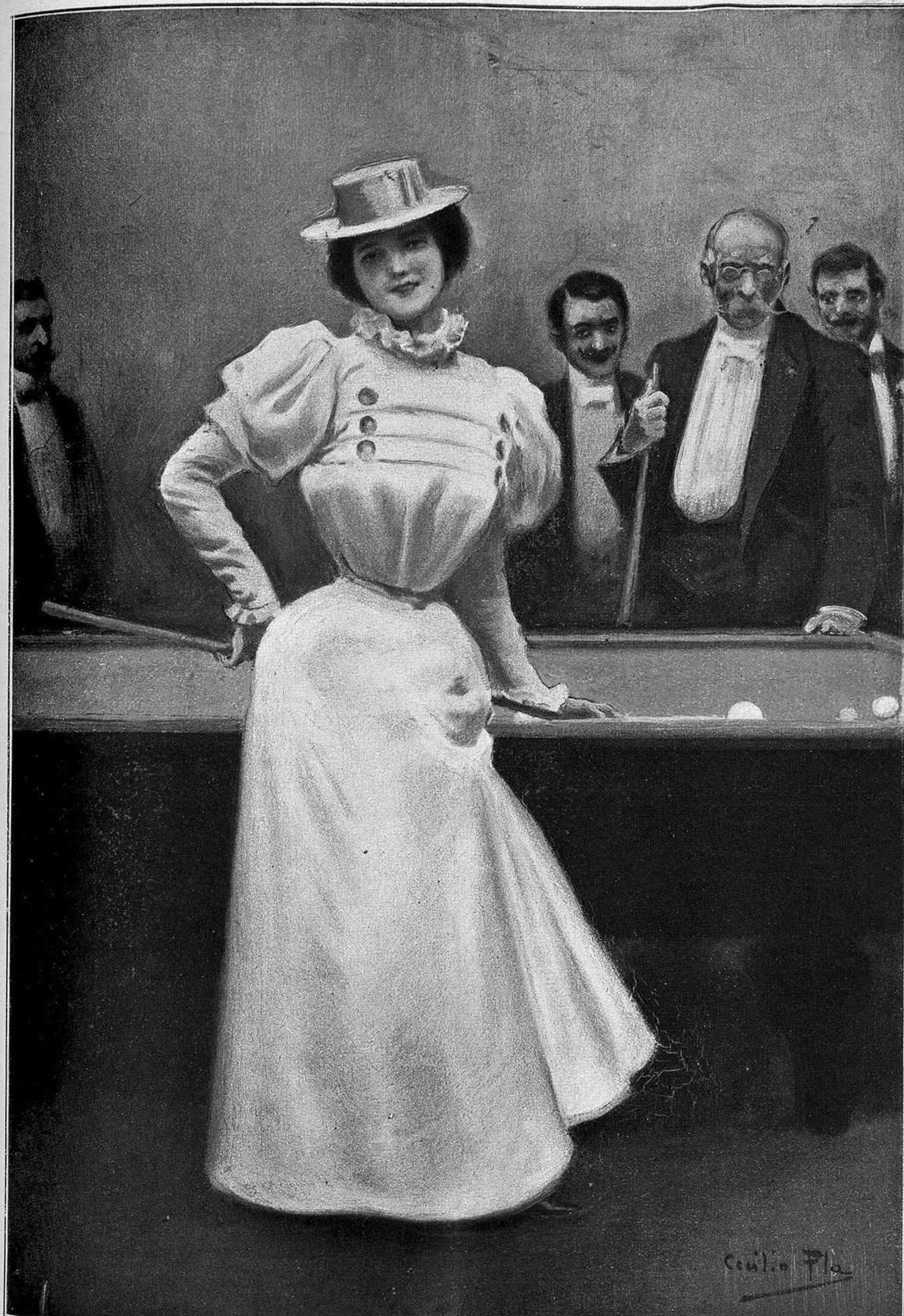
NUM. 56





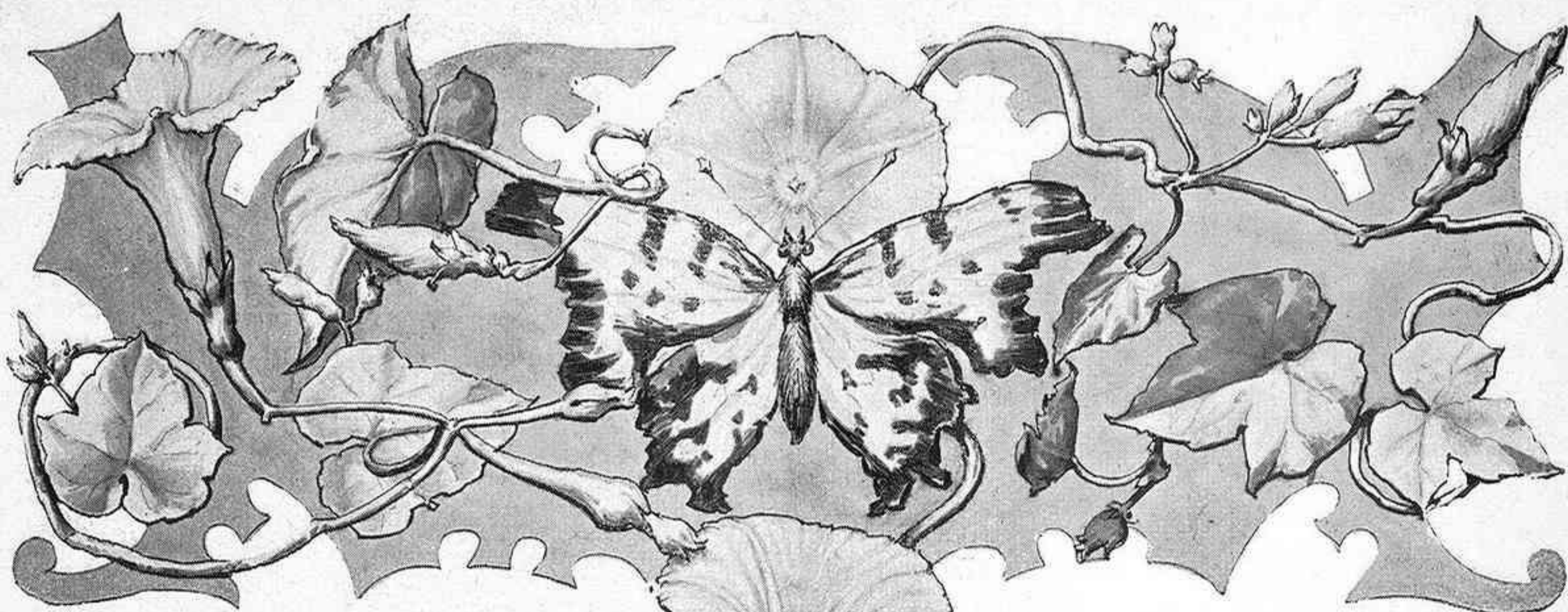


BIBLIOTECA  
MADRID



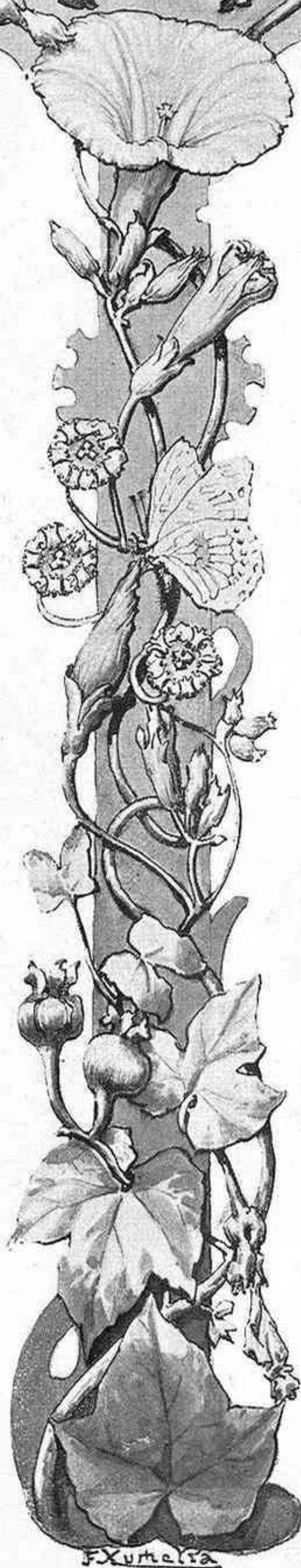
NÚM. 56





## LA CODICIA ROMPE EL SACO

Vivía junto al Pisuerga  
en una casa de campo,  
cerca de Valladolid,  
el labrador más tacaño  
de todos los labradores  
que hay «en tierra de garbanzos.»  
Cultivaba diez hectáreas  
de las que era propietario  
y á las que sacaba el jugo  
aun cuando eran de secano,  
y, no rentándole apenas  
cuatro mil reales al año,  
se propuso ahorrar tres mil  
después de cubrir los gastos.  
Para conseguir su objeto  
compró una ternera á plazos,  
y así que ésta se hizo vaca  
araba con ella el campo.  
Mantenía al animal  
con rastrojos y yerbajos  
que él robaba por la noche  
de los terrenos cercanos,  
y le daba por el día  
varias raciones de palos,  
que si no eran substanciosos  
le salían muy baratos.  
Cuando el animal volvía  
con la carga del arado,  
á la miserable casa,  
anhelante de descanso,  
le ordeñaba el labrador  
con tan implacable mano  
que no se apartaba de él  
hasta no dejarle exhausto.  
También hacía la vaca  
el oficio de caballo,  
pues en ella el labrador



iba á su pueblo montado;  
y hasta dicen que la cola  
se la fué quitando á palmos,  
para hacerse un buen cocido  
cuando se encontraba malo.  
Era por tanto la vaca,  
mula, buey, nodriza, asno,  
almacén de carne viva,  
y productora de guano;  
por cuyas causas se hallaba  
el animal tan escualido  
que era un espectro con cuernos  
y un esqueleto sin rabo.  
No pudiendo ya la vaca  
sufrir dolores tamaños,  
ni dar de sí tanta cosa  
á cambio de malos tratos,  
un día apareció muerta  
en un rincón del establo,  
siendo para ella aquel día  
el más dichoso del año.  
Vendió el labrador su piel  
y los huesos que quedaron,  
(por que carne no dejó  
la pobre vaca dos gramos)  
y después echó sus cuentas  
que confirmaron sus cálculos,  
porque ahorró efectivamente  
tres mil reales en el año;  
mas como le fué preciso  
para cultivar el campo  
comprar una vaca nueva,  
en lo que gastó lo ahorrado;  
al terminar la jornada  
quedó el labrador tacaño,  
mal comido, mal servido,  
mal vivido y sin un cuarto.

RAFAEL TORROMÉ

Orla de F. XUMETRA.



## EL SOMBRERO

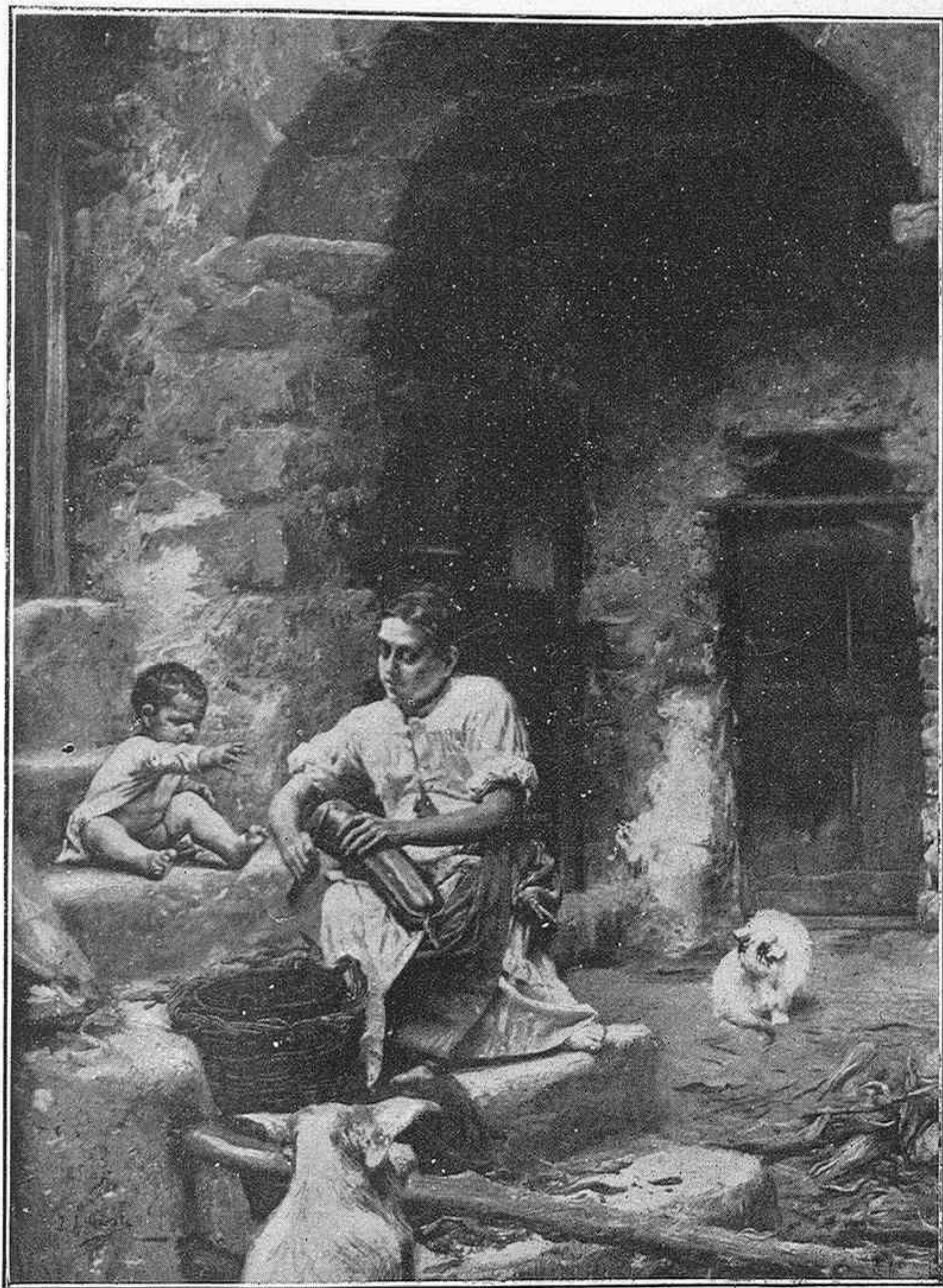
Todo el colegio, la triste falange de sus compañeros de internado en la benéfica institución, como él huérfanos, por lo menos de padre, envidiábanle aquella madre tan joven y linda y que se presentaba en la visita mensual del establecimiento siempre de sombrero, constituyendo así una nota extraña y única entre los velos humildes y aún pañuelos á la cabeza de las demás viudas que allí tenían sus hijos. Y eso era, precisamente, lo que más enorgullecía al muchacho, siguiendo una tradición de clase, obedeciendo á su idiosincrasia de mesócrata: tener una madre que gastaba sombrero.

En sus diez inocentes años no podía el pobre niño comprender, no ya el anacronismo sino el sarcasmo que resultaba de semejante sombrero, atributo de elegancia y desahogada posición en nuestra sociedad, yendo á ver á un recogido por la caridad oficial; siquiera la casa, por tratarse de hijos de oficiales muertos en campaña, no llevara el nombre de asilo que le pertenecía por propio derecho. Sin embargo, el profesorado del colegio, su personal de criados, los mismos alumnos murmuraban de tal lujo, justificado por la interesada por la necesidad de dar lecciones de idiomas á domicilio, á señoritas aristocráticas. El niño, alma pura y cándida, no entendía de reticencias, de sonrisas, de alusiones; toda esa broza humana resbalaba sobre su corazón sin penetrar en él. Hasta que un día, un chico liviano se la soltó en pleno rostro. «¡Tu madre es una cualquiera!» Hubo bofetadas mayúsculas, pero el episodio pasó, dejando sólo una semilla. El colegial no concluyó de ahondar en la idea; casi le indignó más el eufonismo vulgar de la palabra, por lo que encerraba de despreciativo y denigrante.

\* \* \*

Llegó el sombrero estando su madre fuera de su casa y á poco de arribar él al materno domicilio, como primer domingo de mes. Estaba condenado á no verla sino una vez cada treinta días. Antes, en su período de colegial, cuando ella iba á hacerle una visita al colegio de huérfanos, con aquellos sombreros que traían escandalizado al establecimiento. Ahora, ya en sus quince años y perteneciendo como ayudante de máquina á una fábrica de electricidad, de una provincia inmediata á la Corte, en las fechas en que le tocaba salida y que aprovechaba indefectiblemente para venir á ver á su madre.

Aquella mañana había tenido ésta que hacer, urgentemente sin duda, y el muchacho la esperaba con impaciencia, cuando sonó la campanilla y la criada entró con la cilíndrica caja de cartón y la factura, metida en un sobre sin dirección y sin cerrar. El primer impulso del joven fué de sorpresa. ¿Cómo su madre, apuradísima de dinero, que siempre le estaba pidiendo su escaso jornal, se gastaba ocho ó diez duros en semejantes fruslerías? Sacó el sombrero de la caja. Un encanto de encajes y flores. Quizás hubiera en el envío una equivocación. Interrogó á la criada. El chico que había traído el presente había preguntado por doña Marta, por su madre. Fijóse entonces en el sobre, lo abrió. También la factura venía á su nombre. Pero en un pico había escrito algo con lápiz azul, otro nombre, una indiscreción del comerciante ó una cínica costumbre, usada con cierta clase de mujeres. De pronto, el pobre muchacho sintió su cerebro iluminado por una idea sombría que le hizo horrorizarse y que le mostró claramente su desgracia, la desgracia de toda su vida, revelada por aquella equivocación ó ignorancia del encargado de llevar el sombrero á su destino. La nota azul decía así: «La factura, al marqués del Pozo.»



OCUPACIONES DE LA MAÑANA. — Cuadro de J. J. GÁRATE.  
Consideraciones y honores de primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid de 1901.

ALFONSO PÉREZ NIEVA



## ¡DIOS Y EL HOMBRE!



ELLA es soltera, él casado... casado y con una hija... Una niña de cabecita rubia como el sol y ojos azules como el cielo. ¡Cielo y sol!... ¡Qué alegría de vivir! Pero él no vivía; estaba loco y había vuelto loca á una mujer que no era la suya; á una mujer, casi una niña, de cabecita rubia como el sol también; de ojos también azules como el cielo.

Levantó ella los ojos y al ver en los del hombre una lágrima (porque hay hombres que saben, como algunas mujeres, llorar en el instante preciso), sintió que la abandonaban las fuerzas.

—«¡Es horroroso... Me costaría la vida si lo supiesen!»

Pensó eso; iba á decirlo, pero recogióse en sí de pronto, llena de vergüenza. Una gran voz estaba diciéndole al oído:

—¡No es virtud la tuya, entonces; es miedo! ¡Tu honor, no es honor, es vanidad!

—«¡Oh, vergüenza! Haber pensado aquéello merecía un castigo; el castigo de rendirse; de entregarse y concluir de una vez. Basta de lucha.»

El no habló, pero leía en los ojos de la pobre niña, infeliz esclava, que creía poder defenderse aún!

—No, no,—decía ella anhelante, con su voz de niño, aquella voz, ¡ay! que no hacía pensar al hombre en la voz infantil de su hija, aquella otra niña de cabecita de sol y ojos de cielo.

Febil, loco, en voz dulce y ardorosa, haciéndola palpar, estremecer, sugestionándola, matándola, entonó el himno misterioso y grande que guarda siempre el hombre, en el fondo de su pecho, para el segundo solemne de la caída de la mujer... Y vibraron en los oídos de ella estas frases, como notas agudas, dolorosísimas, del misterioso himno:

—¿Lo ves? ¿Lo ves? — Y le mostraba el hombre un pomito de oro, diminuto, imperceptible casi.— Es veneno, un veneno mortal, que no deja rastro. ¿Qué me importa morir? Moriré después... ¡Morirá el único poseedor de tu secreto! ¡Tómalo! ¡Es mi prenda de amor! ¡Mi vida!.. Pero que pueda yo decirlo: que pueda yo decir, agonizante, cuando mi corazón vaya quedando yerto y mi boca fría y vidriosos mis ojos: «Dí mi suerte, mi juventud, la esperanza de mis triunfos, la paz de mi hogar, mi vida..., lo dí todo; pero ella ¿no dió más aún?»

Ella, sonriente, moribunda, loca de terror y felicidad, cogió el pomito en su mano convulsa, cerró los ojos, y abandonó la inmaculada carne, en holocausto divino al hombre... ¡Oh, trizteza!



Después, desolada, fría, secos los ojos, firme el pulso, cogió una copa, vertió en ella el contenido del pomó, y se lo presentó, diciéndole lacónicamente:

—Cumple.

Cumplió. Quedó ella encerrada en su gabinete, misterioso recinto de amor lúgubre, y él se alejaba. ¡A morir! El veneno, apenas le concedería algunos minutos.

Se echó vestido en su cama... Sus ojos iban cerrándose dulcemente, cerrándose, mientras en su cerebro se revolvían mil quimeras; y entre todo aquel mundo poblado de visiones fantásticas, en confusión, sobresalía siempre una dulce figura, apenada y llorosa, de cabellos dorados y ojos de color de cielo... Después fué alejándose... perdiéndose... perdiéndose todo con lentitud... Después... nada... ¡nada al fin! Mundo... vida... ¡Adiós!...

Pero no había muerto. Abrió los ojos. Torrentes de sol desbordábanse en su alcoba, por la ventana entreabierta. Irguióse rápido, con profundo estupor. No, no era sueño... Tenía la seguridad; estaba vivo... Su hija, la otra niña de cabecita de sol y ojos azules, corría hasta él con un billete en la mano, después de haber abierto la ventana.

«¡Ah, *su letra!* ¡La conoció al punto... antes de tomar la carta! Se la arrebató á su hija, que quedó mirándole, suspensa. «¡Dios, qué carta!»

«Perdóname si hasta el último instante te hice creer otra cosa...; tomé yo el veneno, no te lo dí; no » eras tú quien merecías la muerte; era yo. ¡Muero, por haber cedido! Sírvate la lección y educa á tu hija, la » de cabecita dorada y ojos, ¡ay! azules, como los míos, para que, en un caso como éste, no le ocurra lo que á » mí... ¡Yo muero, por haber cedido... Enséñala á morir... por no ceder!»

Y el hombre, llorando... llorando ahora de verdad, inclina la frente, y á través de sus lágrimas, en el fondo de las pupilas (que le contemplan con zozobra), de aquel ángel de cabecita rubia y ojos azules, cree ver estas palabras, como escritas por Dios, en la inmensidad, con signos de fuego.

—«Hombres... ¿Y os creé yo á mi imagen?»

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

## SONETO

Acerquéme á aquel grupo que formaban  
los curiosos sedientos de emociones  
y, aguantando codazos y empujones,  
al fin logré mirar lo que miraban.  
¡Pobrecilla! sus dientes rechinaban  
sufriendo del dolor las sensaciones,  
y de sangre los rojos borbotones

al barro de la calle se mezclaban.  
Nadie corrió á buscar algún galeno,  
nadie prestó al dolor breve cuidado,  
pues cada cual, de indiferencia lleno,  
su camino siguió despreocupado,  
dejando que muriera sobre el cieno  
la gata que cayó desde el tejado.

AURELIO MARIÑO



## VENTE

Vente conmigo; que haremos  
una chocita en el campo  
donde juntos viviremos.

(Cantar popular).

Vente, mi bien; si me quieres,  
si, de mi nombre al recuerdo,  
con desigual grato impulso  
late intranquilo tu pecho;  
si vagan en torno tuyo  
esos fantasmas quiméricos  
que sólo ven los que aman,  
pues son del amor efecto;  
si la flor, si el bosque umbroso,  
si el blando soplo del céfiro,  
si el alba con sus primores  
y la tarde con sus velos  
melancólicos y gratos  
tienen para ti un acento;  
si amas, como yo, lo grande,  
si suspiras por lo bello  
y eres buena y tienes alma,  
*vente conmigo que haremos  
una chocita en el campo  
donde juntos viviremos.*

Vente; yo sé una comarca  
donde es siempre azul el cielo,  
donde gorjean las aves,  
donde mansos arroyuelos  
cruzan en cintas de plata  
prados de verdor cubiertos;  
y allí, mi amor, tú y yo solos,  
lejos del mundo, muy lejos,  
viviendo el uno en el otro  
y únicamente contentos  
tú, con ser por mí adorada,  
yo, con mirarme tu dueño,  
apuraremos la dicha  
que atesora el sentimiento,  
para siempre en una sola  
nuestras dos almas fundiendo.  
Ven, pues, vida de mi vida,  
*vente conmigo; que haremos  
una chocita en el campo  
donde juntos viviremos.*



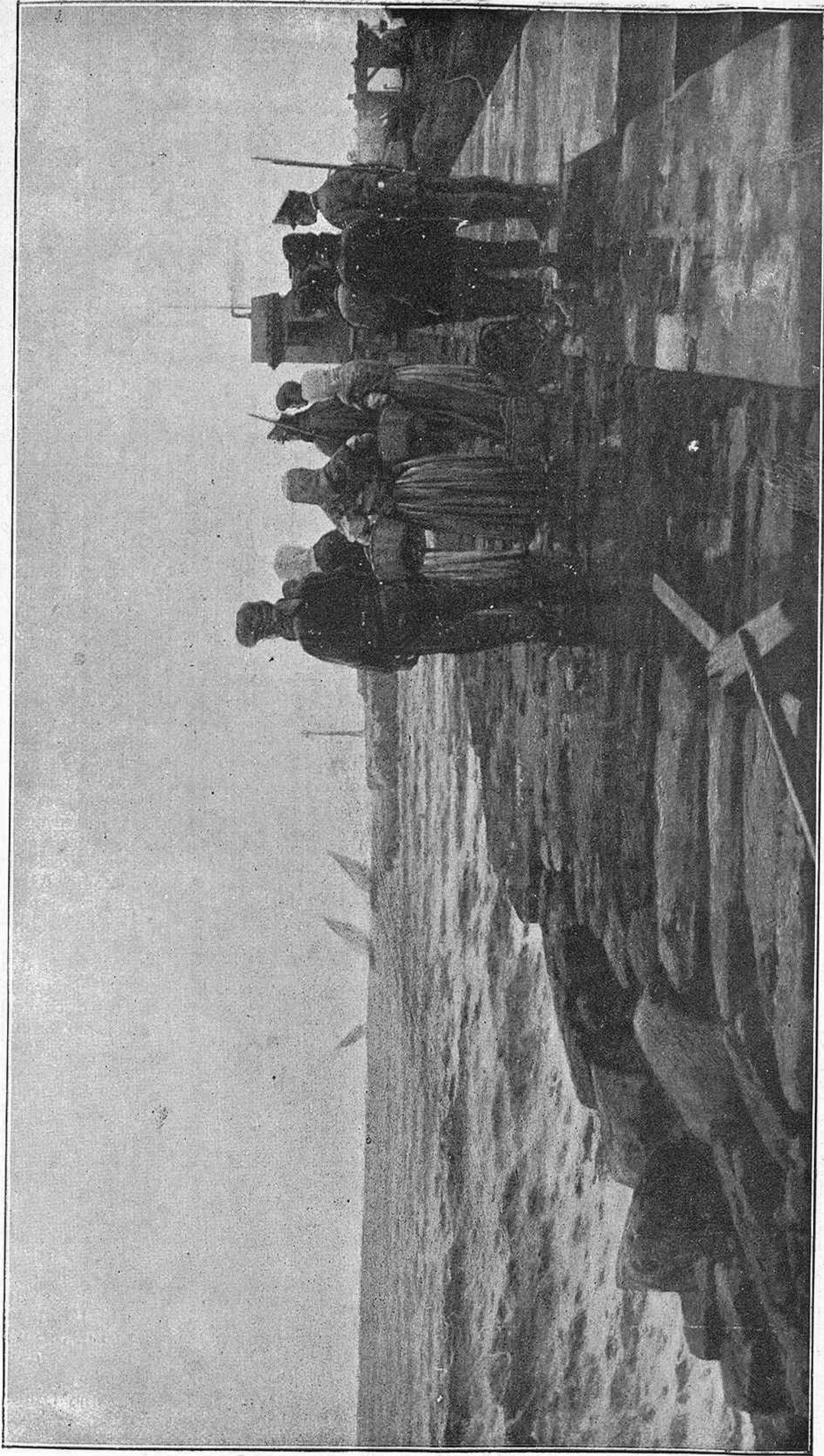
Ven; yo con blandos cantares  
velaré tus dulces sueños;  
yo, cuando triste suspires,  
invocaré los recuerdos  
de cien historias de amores,  
orgullo de los que fueron;  
yo, de las flores más bellas  
con los capullos más bellos  
adornaré, vida mía,  
tus largas trenzas de ébano;  
yo te daré, eternamente  
esclavo de tus deseos,  
cuanto amor tu pecho ansie,  
cuanto amor hay en mi pecho;  
y así tú serás dichosa,  
porque así todo es risueño,  
porque todo así es ventura;  
*ven, pues, conmigo; que haremos  
una chocita en el campo  
donde juntos viviremos.*

Tú y yo solos! ¡Uno de otro  
en los amores viviendo!  
en un campo donde todo  
es dulce, apacible, célico;  
donde gorjean las aves,  
donde alegres arroyuelos  
con sus cristalinas ondas  
dan á las flores espejos;  
donde todo es poesía,  
donde nuestros locos sueños  
en brazos uno del otro  
ver realizados podremos;  
donde tú y yo, tú y yo solos,  
lejos del mundo, muy lejos,  
amantes, ardientes, libres  
haremos del mundo un cielo.  
Ven, pues, alma de mi alma,  
*vente conmigo; que haremos  
una chocita en el campo  
donde juntos viviremos.*

MARIANO VALLEJO

Dibujo de  
ANTONIO BASQUE.



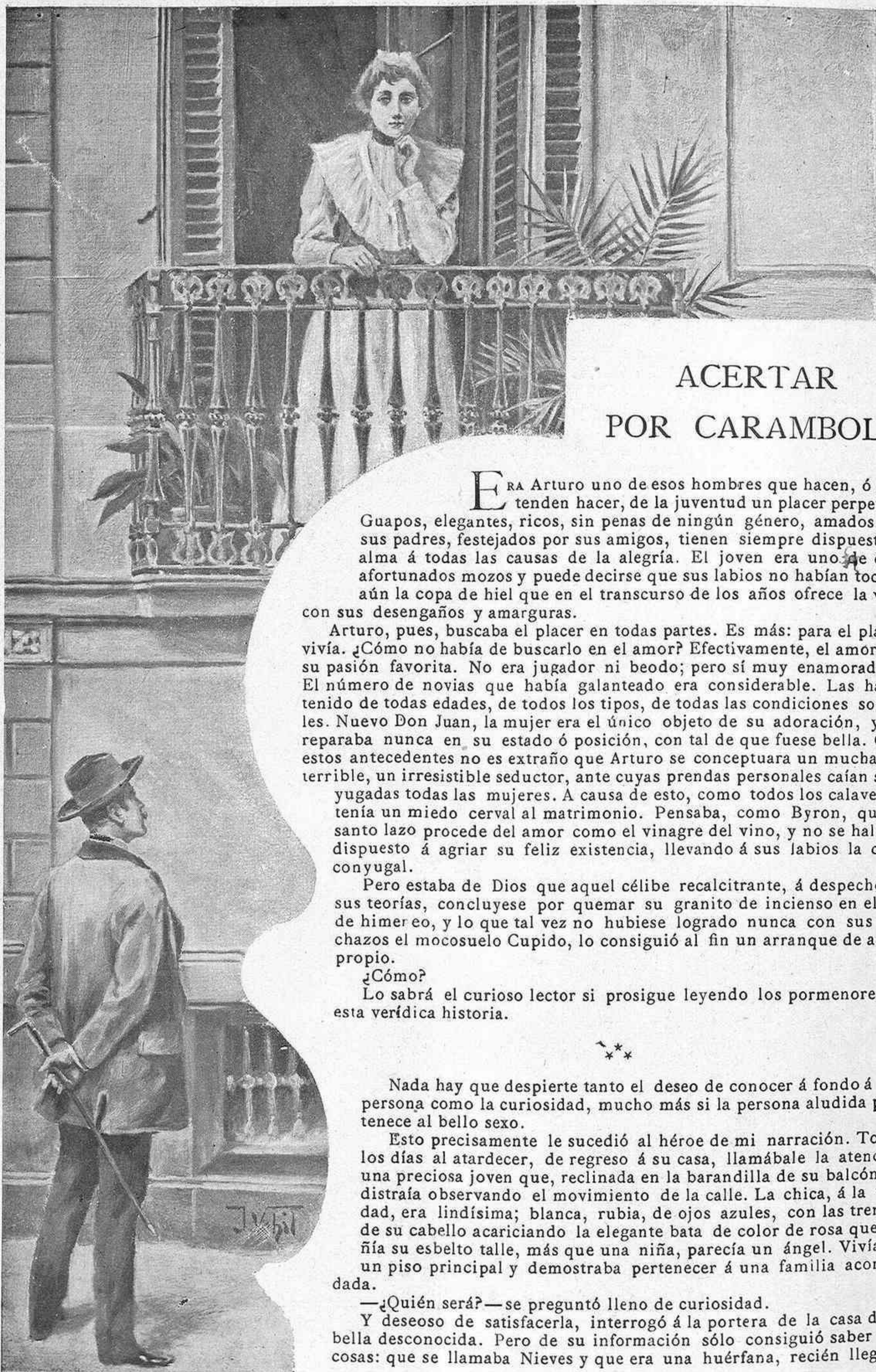


ENTRADA DEL PUERTO DE VALENCIA.  
Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid, de (1901).

*Fo' de Hijos de Mateu.*







## ACERTAR POR CARAMBOLA

**E**RA Arturo uno de esos hombres que hacen, ó pretenden hacer, de la juventud un placer perpetuo. Guapos, elegantes, ricos, sin penas de ningún género, amados por sus padres, festejados por sus amigos, tienen siempre dispuesta el alma á todas las causas de la alegría. El joven era uno de esos afortunados mozos y puede decirse que sus labios no habían tocado aún la copa de hiel que en el transcurso de los años ofrece la vida con sus desengaños y amarguras.

Arturo, pues, buscaba el placer en todas partes. Es más: para el placer vivía. ¿Cómo no había de buscarlo en el amor? Efectivamente, el amor era su pasión favorita. No era jugador ni beodo; pero sí muy enamorado. El número de novias que había galanteado era considerable. Las había tenido de todas edades, de todos los tipos, de todas las condiciones sociales. Nuevo Don Juan, la mujer era el único objeto de su adoración, y no reparaba nunca en su estado ó posición, con tal de que fuese bella. Con estos antecedentes no es extraño que Arturo se conceptuara un muchacho terrible, un irresistible seductor, ante cuyas prendas personales caían subyugadas todas las mujeres. A causa de esto, como todos los calaveras, tenía un miedo cerval al matrimonio. Pensaba, como Byron, que el santo lazo procede del amor como el vinagre del vino, y no se hallaba dispuesto á agriar su feliz existencia, llevando á sus labios la copa conyugal.

Pero estaba de Dios que aquel célibe recalcitrante, á despecho de sus teorías, concluyese por quemar su granito de incienso en el ara de himereo, y lo que tal vez no hubiese logrado nunca con sus flechazos el mocosuelo Cupido, lo consiguió al fin un arranque de amor propio.

¿Cómo?

Lo sabrá el curioso lector si prosigue leyendo los pormenores de esta verídica historia.

\* \* \*

Nada hay que despierte tanto el deseo de conocer á fondo á una persona como la curiosidad, mucho más si la persona aludida pertenece al bello sexo.

Esto precisamente le sucedió al héroe de mi narración. Todos los días al atardecer, de regreso á su casa, llamábale la atención una preciosa joven que, reclinada en la barandilla de su balcón, se distraía observando el movimiento de la calle. La chica, á la verdad, era lindísima; blanca, rubia, de ojos azules, con las trenzas de su cabello acariciando la elegante bata de color de rosa que ceñía su esbelto talle, más que una niña, parecía un ángel. Vivía en un piso principal y demostraba pertenecer á una familia acomodada.

—¿Quién será?— se preguntó lleno de curiosidad.

Y deseoso de satisfacerla, interrogó á la portera de la casa de la bella desconocida. Pero de su información sólo consiguió saber dos cosas: que se llamaba Nieves y que era una huérfana, recién llegada





de Cuba, que vivía lujosamente en compañía de una respetable señora que hacía las veces de madre.

Aguijoneada su curiosidad, Arturo, que en sus locos sueños de calavera había visto en perspectiva una aventura amorosa, creyó fácil empresa conseguir el amor de la cubana, y desde aquel momento pasó y repasó la calle, dirigiendo significativas miradas á los balcones de la joven. Tanta asiduidad llegó á ser notada por el vecindario, y hasta agradecida por otra mujer, también bella, aunque de más edad, que vivía precisamente al lado de la encantadora rubia, en el otro cuarto del principal. Morena y con ojos negros, en los que brillaba el fuego de la verdadera pasión, la jamona — pues lo parecía, á pesar de que no frisaba aún en los treinta años — era el antítesis de su espiritual vecina. Casi siempre que pasaba Arturo, estaba en el balcón, como si le esperase para cruzar con él un saludo: pero el joven calavera pasaba mirando á los balcones donde, como valiosas joyas en sus magníficos escaparates, lucían sus encantos aquellas dos bellezas, dejando á ambas dudosas de cuál era la preferida; pues forzoso es decirlo: por respeto á la morena que continuamente le acechaba, no se atrevía Arturo á demostrar su predilección por la rubia; que á tal extremo le conducía su caballeridad de hombre galante.

\*\*\*

Aquella situación no podía prolongarse, sin desprestigio del concepto que de sí propio tenía formado el joven, por lo que se decidió á tomar una resolución: declararse por escrito á la cubana. Cierto es que el medio le pareció un recurso *cursi*, impropio de un hombre corrido, porque opinaba — y opinaba bien — que las declaraciones verbales surten mejor efecto; pero no hallando manera de hablar sin testigos con el objeto de sus ansias, se resignó á emplearlo, á falta de otro mejor. Le escribió una carta apasionadísima llena de fuego, en la que, á vuelta de algunas vulgaridades, le pedía que correspondiera al amor que le había inspirado, y se la envió por conducto de su doncella. Pero ¡oh desencanto! la doméstica se la devolvió momentos después cerrada, tal como él se la había entregado.

— Mi señorita, — le dijo — agradece su atención; pero no puede aceptarla.

— ¿Por qué? — le preguntó Arturo con ansiedad, deseoso de saber las causas de tal desaire.

— Porque dice que es muy joven.

La contestación de la doncella fué un rayo de luz para Arturo. Práctico en este género de aventuras, comprendió que aquella excusa cortés equivalía á una enorme calabaza, que hería su amor propio, y deseando demostrar á la desdeñosa rubia que no era ella el objeto de su predilección, le preguntó á su interlocutora:

— ¿Pero es á la señorita joven, á la rubia, á la que usted ha entregado la carta?

— Sí, señor, — contestóle la doméstica sorprendida.

— En ese caso — prosiguió Arturo con calor — ha sufrido usted un lamentable error; porque yo me dirigía á la otra de más edad, á la morena, pues nunca me han gustado las rubias.

— ¿Entonces la que usted pretende es la vecina del lado, la señorita Clotilde?

— Precisamente. ¿Tendría usted la bondad de poner esta carta en sus manos? — añadió el joven calavera, gratificando con una moneda de á cinco pesetas á la parlanchina muchacha.

— Con mil amores — exclamó ésta, disponiéndose á cumplir reservadamente el encargo, sin perjuicio de enterar á su señorita de aquel cómico *quid pro quo*.



Arturo aceptó la situación, y, deseando demostrar á la cubana que en aquella aventura él había sido el victorioso, galanteó á Clotilde que, con el alma y la vida correspondió con un sí á la carta. Pronto las relaciones se formalizaron. El joven halló en aquella mujer que por rara casualidad le había deparado el destino, tesoros de verdadero amor y rasgos de desinterés que no había encontrado en mujer alguna, y lo que empezó como un azar de las circunstancias, concluyó felizmente en la vicaría.

Mas ¡rara coincidencia! El mismo día de la boda estaba de mudanza la desdeñosa rubia. ¿Era despecho, envidia, arrepentimiento? ¡Vayan ustedes á profundizar los misterios del corazón humano!

Lo cierto es que Arturo fué muy dichoso en su nuevo estado, y cuando sus amigos le reprochaban por haber aceptado la vida conyugal, decíales con noble franqueza:

—Ignoro si el matrimonio es ó no el estado más perfecto del hombre; lo que puedo decir es que no reniego hoy de él... Quizás me haya sucedido lo que á los malos jugadores de billar, que alguna vez aciertan por carambola.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

Ilustraciones de J. VEHIL.



PLAZA DE ARMAS Y CATEDRAL. — LIMA (Perú).

## PASATIEMPOS

### CHARADA

Por adorar á tres dos  
absorviendo en una tina  
todo, la mujer de Andrés,  
se cayó y quedó dos prima.

PEDRO JUAN GUILLÉM.

\*\*\*

### JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

D oxígeno 2 D

ENRIQUE CAPELLA.

\*\*\*

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR.

Criptografía. — Por entonces se verificó en Madrid

la hazaña del famoso Cid Campeador, alanceando un toro en el natalicio de Alimenon de Toledo, hazaña que pintó Moratín en hermosas quintillas y que representa el dibujo de esta página, ejecutado á la pluma por J. Passos.

(La fiesta de los toros; publicado en el número 30).

Charada. — Severiano.

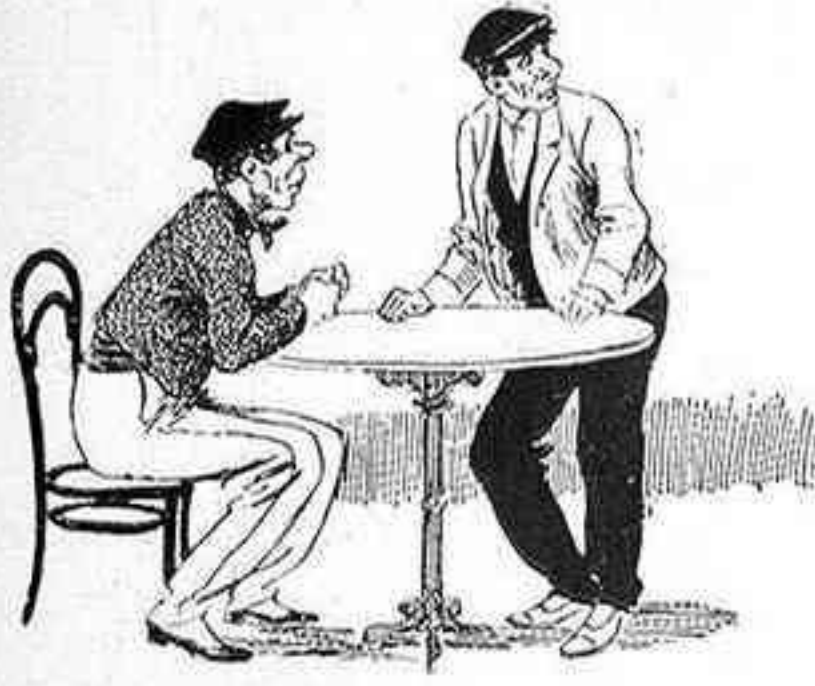
Logogrifo numérico. — Tancredo.

Combinación musical. —

LA BRUJA  
EL REY QUERABIÓ  
LA TEMPESTAD  
EL GALOPE DE LOS SIGLOS  
LA FLOR DE LIS  
EL ESTRENO  
LA REVOLTOSA  
EL RECLAMO  
LA CHAVALA  
LA CZARINA  
LAS CAMPANADAS  
MUJER I REINA

NOTA.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.





—¿Qué vas á tomar?  
—Aquí nada... tengo miedo á la policía.



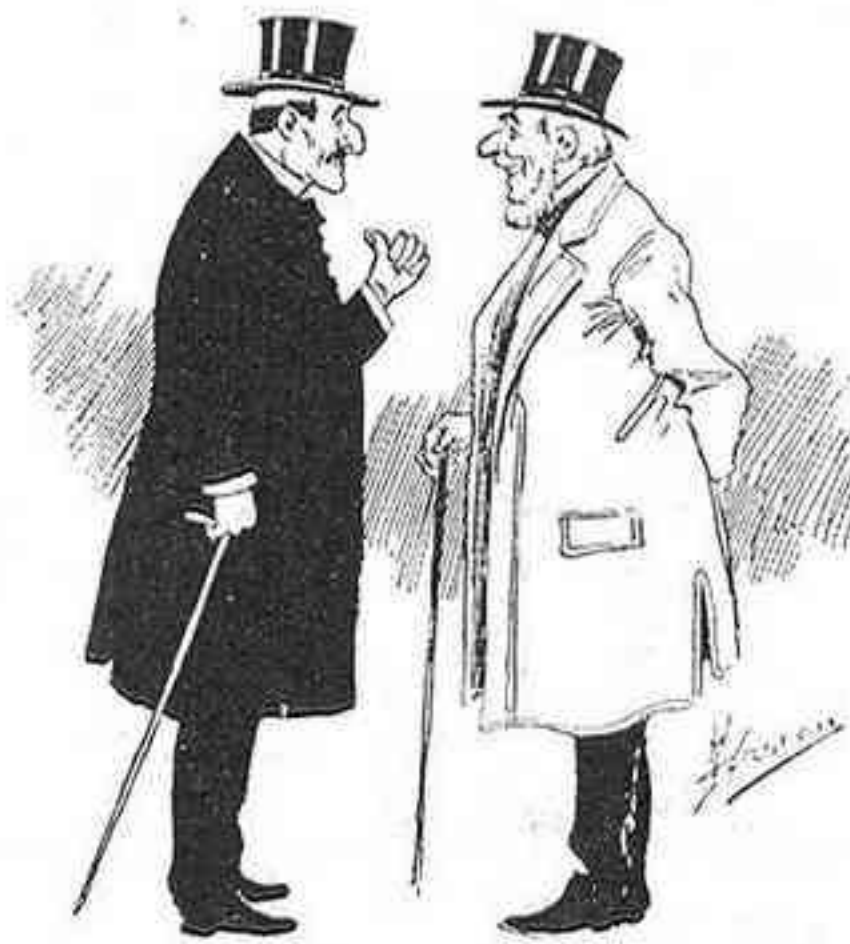
—Pero ¿qué has hecho, Jorge mío, para que yo te quiera tanto?  
—Pues, hija mía... ¡La mar de deudas!



—No se puede salir del cuartel. Tengo orden verbal del comandante.  
—¿Orden verbal? Pues enséñemela usted.



—(¿Le molestará á mi suegra el humo del cigarro? Veamos).  
—Mamá: ¿Le molestará á usted que fume?  
—No, hijo mío, de ningún modo.  
—Pues, entonces no fumo.



—Ya tenía deseos de que se abriera el curso; yo no sé vivir fuera de la cátedra.  
—Pues habrá usted pasado un mal verano.  
—¡Cál delicioso; le he enseñado el griego á mi mujer.



—Pero, ¿qué tienes, Julián?  
—No lo sé. Hoy me he levantado hecho un tonto.  
—No hagas caso; estás como todos los días.



—Guarda todo lo que haya de valor por ahí y quédate las llaves.  
—Pues, ¿qué pasa?  
—Ese ladrón que defendí la semana pasada y que salió absuelto...  
—Sí.  
—Pues... va á venir á darme las gracias.



—Tengo que decirle á usted una cosa muy importante.  
—Ya supongo lo que es.  
—¿De veras?  
—Sí, señor; usted no puede decirme más que... ¡Buenas noches, señora!



—¿Qué le pasa á usted, señora?  
—El niño se ha tragado una moneda de diez céntimos.  
—Déjelo usted, señora; bueno es que de pequeño se acostumbra á guardarse el dinero.



# L'ILLUSTRAZIONE ITALIANA



MILANO-ROMA  
ESCE OGNI  
DOMENICA  
IN GRAN FORMATO  
DI 20 PAGINE  
L. 50 IL NUMERO  
ASSOCIAZIONE  
PER L'ITALIA  
ANNO L. 25.  
SEMESTRE L. 13.  
TRIMESTRE L. 7.

MILANO  
F. TREVES  
EDITORI

Cartel publicado por la casa Treves de Milán (Italia), para anunciar «La Ilustración Italiana».

SERIE I.<sup>a</sup>

NÚM. 56







# NERVIOS

La epilepsia, histérico, convulsiones, vértigos, temblores, agitación nocturna, insomnios, palpitaciones, migraña, dolores neurálgicos, pérdida de memoria y demás accidentes nerviosos, se curan siempre tomando el acreditado ELIXIR BERTRAN (POLIBROMURADO). No desconfiar de su curación por antiguo que sea el mal.—Venta:

Farmacia Bertrán, Plaza de Junqueras, 2.—BARCELONA.

ACADEMIA CIENTÍFICO-EXPERIMENTAL

DIRIGIDA POR

D. ANGEL ESCOBAR y D. MANUEL MASCAREÑAS

ENSEÑANZA EXPERIMENTAL de las asignaturas de Ciencias.  
Farmacia, Preparatorio de Medicina é Ingreso en la Escuela  
de Ingenieros, Idiomas Francés y Alemán.

Para dar cabida á las grandes mejoras introducidas en  
esta Academia ha sido trasladada á la

PLAZA DE LA UNIVERSIDAD, 7, 1.<sup>o</sup>, 2.<sup>a</sup>

## DISPONIBLE PARA ANUNCIOS



# CHAMPAGNE MIRO & TARRAGO

Concours Egyptien de Produits Espagnols á Alexandrie 1901-1902. Gran diplome d'honneur avec Medaille pour Champagne Mousseux Extra Carte d'or.

ÚNICOS REPRESENTANTES DE PLUMA Y LÁPIZ EN AMÉRICA

*República Argentina:* D. MARCELINO BORDOY. — Venezuela, 1150 y 1154. . BUENOS AIRES

*República Mexicana:* J. BALLESCÁ Y C.<sup>ta</sup>, SUCESOR. — San Felipe de Jesús, 572. . MÉXICO

*República del Uruguay:* D. ANDRÉS RIUS. — Soriano, 155 y 157. . . . . MONTEVIDEO

*República de Chile:* D. CARLOS BALDRICH. — Huérfanos, 21. . . . . SANTIAGO

*República del Perú:* D. FELIPE PRÓ. — Unión, 92, (antes Portal de Escribanos). . . . . LIMA

*Isla de Cuba:* D. LUIS ARTIAGA. — San Miguel, 3. . . . . HABANA

*Unico representante en Portugal:* D. MANUEL F. MIDOES. — Rua da Padaria, 32. . LISBOA

ANO II

BARCELONA 24 DE NOVIEMBRE DE 1901

PRECIO 20 CENTS.